

en el ensueño de una vida mejor para nuestra tierra y nuestros hombres. Pero no podemos estar con el propósito o la debilidad de desvirtuar una realidad pavorosa a trueque de efímeras complacencias literarias. Lo decimos, porque conocemos la vida chilena a lo largo del país y sabemos que la explotación del hombre por el Moloch de allá y de acá alcanza hoy día el paroxismo. Frente al drama de nuestro pueblo, el «pastiche» decorativo, por mucho virtuosismo que ostente, subleva la conciencia más generosa.

Si es cierto que la novela aparece dudosa en la captación del asunto y en el juego de las fuerzas humanas, también es indudable el acierto de muchos tipos criollos que se identifican con la topografía ambiente y dan un carácter y una expresión a lo mejor del libro. Naturalmente, todos estos hombres, mineros, campesinos, son buenos. No hay uno que fije el contraste y exalte el drama. El autor gusta de las armorías por semejanza y así desfilan los tipos apenas diferenciados por la aproximación al primer plano. Zulantay, el administrador, es uno de estos afortunados. Su lealtad, su fantasía, su intuición, le dan categoría de primer personaje. Es un hombre decisivo en el destino de Burton y demás hombres de la empresa minera.

Así, pues, la emoción, el interés del libro asoman blandamente en esta contienda de corazones bondadosos y resueltos, en medio de una tierra propicia, matizada por los colores de una paleta animosa. El cómodo ritmo de una prosa suelta mantiene el relato «por encima del abismo», la que priva al libro de la densidad necesaria.—LAUTARO YANKAS.

<https://doi.org/10.29393/At233-186TALM10186>

TAMARUGAL, por *Eduardo Barrios*.—Edit. Nascimento. 1944.

¿Quién podría leer a Eduardo Barrios sin evocar el lirismo de su prosa en «Un niño que enloqueció de amor», «El hermano asno», «Un perdido», la contextura anecdótica y pintoresca

de «Páginas de un pobre diablo», la sorpresa llena de talento y gracia, que ofrecen sus cuentos dispersos en lejanos y actuales periódicos, la generosidad hidalga de su crítica literaria?

En el espíritu de los escritores nacidos en la segunda decena de este siglo, Barrios mantiene un recuerdo de maestro de la prosa y provocan una reacción negativa los ataques personales de que, esporádicamente, ha sido objeto, como debe sucederle a todo hombre que se destaque, mostrando la tosquedad del resentimiento o de cualquiera otra pasión. Algunos escritores de esa época hemos leído su último libro, recién publicado, «Tamarugal» con la emocionada y fresca curiosidad con que se renueva un recuerdo de la niñez y, como a veces sucede, la confrontación de este fruto de su indiscutible edad madura nos ha decepcionado y hasta causado extrañeza. Hemos contrastado, sin quererlo, este hijo tardíamente menor con la amplia y fuerte belleza de sus hermanos mayores. ¿Se debe esta disparidad a que nosotros también hemos variado y la imagen ideal de una obra literaria es superior a su realidad artística? Dejamos planteado el interrogante sin mayor ahondamiento. A «Tamarugal» lo hemos apreciado escrito en una forma menos sensible, con una cierta frivolidad gimnástica que no contagia de emoción al lector, aunque su dominio técnico mantenga el interés sin esfuerzo volitivo. La acción de la novela pudo suceder en cualquier otro sitio (los seres humanos actúan por igual en todas partes) pero no existe en la obra la influencia del ambiente, de la recia atmósfera terrestre de la pampa, que fija la proyección de su inmensidad sobre la insignificante forma humana. Ha preferido el autor dar sólo pinceladas de ambiente, con innata maestría, pero, en general, la obra sucede por sus cauces demasiado urbanos, hasta donde pueden llamarse así esos cantones laboriosos de las oficinas salitreras. La prueba está en que un elemento tan escolar y de gran ciudad como es un seminarista, teórico propietario del bien y del mal, entra a decidir la parte activa de la novela y gesticula al fin, en un epílogo

deplorable, como un solemne obispo que bien pudo recitar su papel en el teatro santiaguino, donde ríe cotidianamente el más ignaro público dominguero. Es una suerte que, pasado el mal trago del obispo, leamos en las hojas últimas del libro el hermoso cuento «Camanchaca», propio de la pluma del maestro.

Al finalizar esta modesta glosa nos asalta el rubor de haber incurrido en una excesiva e irreverente violencia, pero no sería honrado acallar una opinión que recuerde su compromiso estético a los valores consagrados de Chile. Se ha dicho, quizá si con razón, que entre la nueva generación literaria y la anterior ha caído el diluvio. Nosotros creemos, más bien, que el ilustre novelista Eduardo Barrios sentirá por su actual libro esa pasión obcecada, estoica y tierna que experimentan los padres por sus hijos defectuosos, a quienes defienden en desmedro de aquéllos que, por su belleza total, son los dignos herederos de su nombre.—LUIS MERINO REYES.



LAS MÁS BELLAS POESÍAS PARA RECITAR. Ediciones Zig-Zag,
1944

Sin duda, recitar es asunto del espíritu, porque no es sino inundar de luz el verbo, encender las palabras en todo su contenido plástico y espiritual hasta que reluzcan, como los diamantes últimos.

Es un arte sobrecargado de dificultades y su pleno ejercicio, a menudo lleva en sí la condición de que sus iniciados posean un inefable instinto o don arqueológico. Porque entre el poeta y el recitador está el tiempo, trizando con su marca suprema ciertos espejos y llevando el resplandor a otros.

En virtud de este continuo oscilar se precisa de un ojo íntimo, profundo, constituido por una sensibilidad mágica, para levantar las carcomidas ataduras que momifican las palabras y